

XII

AGUA QUE SUBE

DESEMBARCARON en la pequeña playa donde los granos de arena brillaban al sol como si fueran mica. La montaña de la derecha y la de la izquierda formaban, al unirse, un ángulo agudo, horadado, en su parte inferior, por una pequeña anfractuosidad protegida por un saliente techado de pizarras.

Bajo el techado había una mesita con mantel, platos, queso y frutas.

En uno de los platos había una tarjeta de visita con estas palabras:

«El marqués de Talençay, amigo de D'As-teux, saluda a Aurelia, nieta de éste. Llegará pronto. Y se excusa de no poderle presentar sus homenajes más que durante el día.»

—Esperaba mi venida, ¿no?—preguntó Aurelia.

—Sí —contestó Raúl—. Porfiamos largamente él y yo hace cuatro días. Y yo tenía que traerla hoy aquí.

La joven miraba a su alrededor. En el muro se apoyaba un caballete de pintor, bajo

una amplia tabla llena de cartones de dibujo, de vaciados, de cajas de colores y hasta de ropa vieja. Al través del ángulo había una hamaca. En el fondo, dos pedruscos formaban un hogar, en el cual se debía encender fuego, como permitían conjeturarlo lo negro de las paredes y un conducto que se abría en la roca como el tubo de una chimenea.

—¿Acaso vive aquí?—interrogó Aurelia.

—Frecuentemente, sobre todo en la estación presente. El resto del tiempo lo pasa en el pueblo de Juvains, donde le he descubierto. Pero, aun entonces, viene aquí diariamente. Como el abuelo de usted, es un anciano original, muy culto, muy artista, aunque sus pinturas sean detestables. Vive solo, a la manera de un ermitaño; corta y vende sus árboles, vigila a los guardianes de sus rebaños y alimenta a todos los pobres de esta comarca, que es suya a dos leguas a la redonda. Ese hombre, Aurelia, ¡hace quince años que la espera!

—O, al menos, que espera mi mayor edad.

—Sí. Ello es consecuencia de un acuerdo con D'Asteux, su abuelo. Le he interrogado respecto al asunto. Pero no quiere contestar si no es a usted. He tenido que referirle toda su vida y todos los sucesos de los últimos meses. Como le he prometido que traería a usted aquí, me ha prestado la llave del dominio. Su alegría por volverla a ver es inmensa.

—Entonces, ¿cómo no se encuentra aquí?

La ausencia del marqués de Talençay sorprendía a Raúl cada vez más, aunque ninguna razón le permitiera concederle importancia.

Pero de todos modos, para no inquietar a la joven, puso a contribución toda su labia y todo su ingenio durante la primera comida que hacían juntos, por cierto que en circunstancias bien curiosas y en un ambiente muy especial.

Aunque procuraba no molestarla por exceso de ternura, la notaba plenamente segura junto a él. Debía darse cuenta de que no era el adversario de quien huía al principio, sino el amigo que solamente nos desea bienandanzas. ¡La había salvado tantas veces! ¡Tantas veces se había asombrado la joven de no esperar más que en él, de ver su propia vida dependiendo únicamente de aquel desconocido, de contemplar su felicidad edificada según la voluntad de aquel hombre!

Y Aurelia murmuró:

—Quisiera darle las gracias. Pero no sé cómo. Le debo demasiado para poderle pagar.

Raúl le dijo:

—Míreme y sonría, señorita de los ojos verdes.

La joven le miró y sonrió.

—Ya me ha pagado—dijo él.

A las tres menos cuarto empezó nuevamente la música de las campanas y el bordón de la catedral fué a hundirse en el rincón de las montañas.

—Es un fenómeno muy lógico y conocido en toda la región—explicó Raúl—. Cuando el viento desciende del nordeste, es decir, de Clermont-Ferrand, la disposición acústica de los lugares hace que una corriente de aire lleve todos esos rumores por un camino inevitable que serpentea entre reductos montaño-

sos y desemboca en la superficie del lago. Es algo fatal, matemático. Las campanas de todas las iglesias de Clermont-Ferrand y el bordón de su catedral no pueden hacer otra cosa que venir a cantar aquí, como lo hacen en este momento...

La joven movió la cabeza para decir:

—No es eso, no. Su explicación no me satisface.

—¿Tiene usted otra?

—La verdadera.

—Vamos a ver.

—Consiste en creer firmemente en que usted conduce aquí los sonos de las campanas para proporcionarme todas las impresiones de mi infancia.

—¿Acaso yo lo puedo todo?

—Todo—contestó ella con fe.

—Además, lo veo todo—añadió Raúl en broma—. Aquí hace quince años, a la misma hora, durmió usted.

—Y ¿qué quiere decir con eso?

—Que en sus ojos se nota el sueño, ya que vuelve a empezar su vida de hace quince años.

La joven no intentó resistir su efectivo deseo y se tendió en la hamaca.

Raúl veló un instante en el umbral de la gruta. Pero al consultar el reloj, tuvo un gesto de irritación. Las tres y cuarto. ¡Y el marqués de Talençay no acudía!

—¿Y qué?—se dijo, excitado—. Eso no tiene ninguna importancia.

Pero sí que tenía importancia. Y él lo sabía. Hay casos en que todo tiene importancia.

Entró en la gruta, observó a la joven, que

dormía confiada en su protección, y quiso nuevamente dirigirle discursos íntimos para agradecerle su confianza. Pero no pudo, porque le invadía una creciente inquietud.

Atravesó la pequeña playa y comprobó que el bote, cuya proa había hecho encallar en la arena, flotaba ahora a dos o tres metros de la orilla. Tuvo que acercarla con una pértiga. Entonces pudo comprobar otra cosa: el bote, que durante la travesía había recogido varios centímetros de agua, tenía actualmente treinta o cuarenta.

Consiguió ponerle panza arriba en la orilla.

—¡Caramba!—pensó—. Ha sido un milagro que no nos hundiéramos.

No se trataba de una ordinaria vía de agua fácil de cegar, sino de una tabla enteramente podrida y *de una tabla recientemente colocada allí y sujeta tan sólo por cuatro clavos.*

—¿Quién había hecho aquello? Raúl, al principio, pensó en el marqués de Talençay. Pero, ¿qué finalidad podía impulsar al viejo? ¿Qué motivo había para pensar en que el amigo de D'Asteux quisiera provocar una catástrofe en el preciso momento en que la joven era llevada hacia él?

Así surgió un problema. ¿Por dónde venía Talençay cuando no tenía la barca a su disposición? ¿Por dónde llegaría? ¿Había algún camino terrestre que llevara a la misma playa, limitada, sin embargo, por la doble avanzada de los montañas?

Raúl se dedicó a buscarlo. Por la izquierda no había salida posible, ya que el nacimiento de dos manantiales se añadía al obstáculo de granito. Pero a la derecha, antes de que la

montaña se hundiera en el lago y cerrara la playa, había unos veinte escalones tallados en la roca. Desde allí al flanco del reducto se elevaba un sendero que más bien era un reborde natural, una especie de cornisa tan estrecha que a veces era preciso agarrarse a las asperezas de la piedra.

Raúl se dirigió hacia allí. Vió, de vez en cuando, ganchos de hierro que servían para no caer en el vacío. Y pudo llegar, aunque penosamente, a la meseta superior, donde se cercioró de que el sendero daba la vuelta al lago y se dirigía hacia el desfiladero. Alrededor se extendía un paisaje de rocas y de verdura. Dos pastores se alejaban con sus rebaños en dirección a la alta muralla que rodeaba los vastos dominios. Y la prócer silueta del marqués de Talençay no aparecía por ninguna parte.

Raúl volvió al punto de partida luego de una hora de exploración. Y dióse cuenta entonces, con el natural disgusto, de que el agua había subido de nivel y cubría los primeros escalones. Tuvo, pues, que saltar.

—¡Caramba!—murmuró con aspecto preocupado.

Aurelia debió oírle, porque acudió corriendo y se detuvo, estupefacta.

—¿Qué hay?—preguntó Raúl.

—¡Cómo ha subido el agua!—exclamó la joven—. Antes estaba más baja ¿verdad?... Sí, sí...

—En efecto.

—¿Cómo se lo explica?

—Por un fenómeno tan natural como el de las campanas.

Y, esforzándose en bromear, añadió:

—El lago está sujeto a la ley de las mareas, que, como usted sabe, provocan alternativas de flujo y reflujo.

—Y ¿cuándo cesa el crecimiento?

—Es cuestión de una o dos horas.

—¿Así es que el agua llenará la mitad de la gruta?

—Sí. La gruta debe ser invadida en ocasiones, como lo prueba esa marca negra en el granito que señalará, evidentemente, el nivel extremo.

La voz de Raúl enronqueció un poco. Encima de aquella señal había otra que correspondía al techado del refugio. ¿Qué significaba? ¿Quería decir que en determinadas épocas el agua llegaba al techado? Mas para ello, ¿qué fenómenos excepcionales, qué cataclismos anormales habían de darse?

—No, no—pensó Raúl, reaccionando—. Toda hipótesis de este género es absurda. ¿Un cataclismo? A lo mejor pasan mil años sin que sucedan. ¿Una oscilación de flujo y reflujo? Fantasías en que no creo. Eso no puede ser más que una casualidad, un hecho pasajero...

Bien. Pero, ¿qué cosa producía el hecho pasajero?

Y continuaban desarrollándose en él involuntarios razonamientos. Pensaba en la inexplicable ausencia de Talençay. Pensaba en la relación que pudiera haber entre aquella ausencia y la sorda amenaza de un peligro que él aun no comprendía. Pensaba en la barca estropeada.

—¿Qué le pasa?—interrogó Aurelia—. Parece distraído...

—Es que—contestó—empiezo a creer que estamos perdiendo el tiempo aquí. Ya que no viene el amigo de su abuelo, vayamos a buscarle. La entrevista, al fin y al cabo, puede verificarse en su casa de Juvains.

—Pero ¿cómo vamos a irnos? La barca parece inservible.

—Ahí, a la derecha, hay un camino ciertamente difícil para una mujer; pero, de todos modos, practicable. Ahora bien: tendrá usted que aceptar mi ayuda y dejarse llevar por mí.

—Yo también puedo ir a pie.

—Pero, ¿qué necesidad tiene de mojarse?—objetó él—. Basta con que sólo yo me meta en el agua.

Había propuesto aquello sin segunda intención. Pero notó que la joven se ponía colorada. Le desagradaría la idea de ser llevada por él como en el camino de Beaucourt.

Y callaron unos momentos, cohibidos ambos.

Por fin, la joven, que estaba junto al lago, murmuró hundiendo la mano:

—No, no... No podría soportar esta agua tan fría... No podría...

Se hizo atrás, seguida por él. Y transcurrió un cuarto de hora que a Raúl se le antojó muy largo.

—Le suplico—dijo—que nos vayamos. La situación se hace peligrosa.

La muchacha obedeció. Abandonaron, por tanto, la gruta. Pero en el preciso momento en que Aurelia se colgaba del cuello varonil,

se oyó un silbido cercano y saltó un trozo de roca. A lo lejos sonó una detonación.

Raúl tendió bruscamente su carga en el suelo. Silbó una segunda bala, que se estrelló también en la roca. Y Raúl levantó a la joven, la llevó hacia el interior, y echó a correr como para un ataque.

—¡Raúl! ¡Raúl!... ¡Cuidado!... Le van a matar...

La cogió de nuevo, obligándola a volver al refugio. Pero ahora ella no lo soltó, sino que, agarrándose, le detuvo.

—¡Quédese! ¡Por favor!...

—No—protestó Raúl—. Hay que obrar, aunque a usted le parezca lo contrario...

Le sujetaba con manos temblorosas. Y, a pesar de que poco antes tenía tanto miedo de ser llevada por él, ahora se le apretaba con indomable energía.

—No tema nada—advirtió Raúl amablemente.

—Nada temo—repuso ella en voz baja—. Pero debemos continuar juntos. Nos amenazan los mismos peligros. No nos separemos, pues.

—Tiene usted razón. No la dejaré—prometió Raúl.

Asomó solamente la cabeza para observar el horizonte.

Una tercera bala agujereó una de las pizarras del techo.

Estaban sitiados, inmovilizados. Dos hombres provistos de fusiles de largo alcance les impedían toda tentativa de escape. Raúl, juzgando por dos nubecillas de humo que se arremolinaban a lo lejos, pudo enterarse de su posición. Poco distantes uno del otro, se en-

contraban a la orilla derecha, encima del desfiladero, es decir, a unos doscientos cincuenta metros. Desde allí dominaban el lago en toda su longitud, batían el rinconcito de playa que aun quedaba y podían alcanzar casi todo el interior de la gruta. Ésta, en efecto, se descubriría a ellos enteramente, salvo un hundimiento situado a la derecha, en el cual había que acurrucarse, y el fondo, situado sobre el atrio determinado por las dos piedras y oculto por la caída del techado.

Raúl hizo un violento esfuerzo para reír.

—Tiene gracia—dijo.

Tan espontánea parecía su hilaridad que Aurelia se repuso. Y Raúl añadió:

—Estamos bloqueados. En cuanto nos movamos, ¡un balazo! Y es de tal naturaleza la línea de fuego, que nos obliga a escondernos en un agujero propio de ratones. Hay que reconocer que todo está magníficamente combinado.

—¿Por quién?

—Al principio he pensado en el viejo marqués. Pero no, no es él, no puede ser él...

—¿Y qué ha sido de él?

—Estará enfermo. Habrá caído en algún lazo tendido precisamente por quienes nos sitian.

—¿Y son?...

—Dos enemigos terribles, de los que no debemos esperar compasión alguna: Jodot y Guillermo Ancivel...

Afectaba una franqueza brutal para disminuir en el espíritu de Aurelia la idea del verdadero peligro que les amenazaba. Los nombres de Jodot y de Guillermo y los disparos de

los fusiles no tenían importancia para él comparados con la progresiva invasión de las aguas implacables, con las que los bandidos habían realizado una terrible alianza.

—¿A qué viene esta asechanza?—preguntó la joven.

—Es cuestión del tesoro—afirmó Raúl, que, más que a Aurelia, se daba a sí mismo las explicaciones más verosímiles—. He reducido a Marescal a la impotencia, pero no ignoraba que un día u otro habría que acabar con Jodot y con Guillermo. Nos han tomado la delantera. Puestos al tanto de mis proyectos, han atacado, no sé por qué procedimientos, al amigo de su abuelo, lo han aprisionado, le han robado los papeles y documentos que querían comunicarle y desde esta mañana están preparados para fastidiarnos. Si no nos han recibido a tiros cuando atravesábamos el desfiladero ha sido porque había pastores en la meseta. Además, ¿por qué habrían de tener prisa? Era evidente que esperaríamos aquí a Talençay, fiados en su tarjeta y en las palabras que en ella escribió uno de esos individuos. Y aquí prepararon la coartada. En cuanto pasamos el desfiladero fueron cerradas las esclusas y comenzó a subir el nivel del lago, aumentado por las dos cascadas, sin que fuera posible darnos cuenta antes de que pasaran cuatro o cinco horas. Pero entonces los pastores volvían al pueblo y el lago se convertía en el más desierto y magnífico campo de tiro. Estropeada la barca y actuando las balas sobre los sitiados, es imposible huir. He aquí, pues, que Raúl de Limézy se ha dejado embaucar como un Marescal cualquiera.